

La importancia de la mirada

Solamente su nombre les estremecía igual que la palabra de un libro prohibido o como la huida de algún reencuentro que nadie deseara y cuyo solo presentimiento les turbara... Manuel tenía 26 años. Alto, delgado, de pelo azabache. Siempre vestía de negro. Tenía mal genio. Discutía constantemente con su familia. No tenía amigos. Al hablar, despertaba pavor entre sus oyentes. Andaba siempre metido en enredos. Manuel era un caso perdido.

De pequeño solía tocar el piano. Era un verdadero genio. Nunca había sido instruido en el instrumento, pero podía tocar de oído un sinfín de canciones.

Le mostré mi respeto por su talento y comencé a darle unas clases. Le dejaba su espacio. Cuando cometía errores no le daba importancia y dirigíamos el foco en todo lo que hacía bien. Su motivación crecía día a día. Manuel fue practicando otras de sus virtudes. Dibujaba, componía, debatía,...Me esforzaba por hacerle ver que era una persona inteligente, creativa y especial.

Tuvo una infancia dura. Su casa parecía un cuartel, donde no encajaba. Hiciera lo que hiciera, siempre estaba mal. El colegio tampoco había ido bien. Respetar rutinas y normas no eran lo suyo y eso no gustaba. Pronto dejó los estudios.

La ilusión por las clases fue creciendo. Ahora Manuel estaba en un entorno de respeto mutuo, donde se sentía escuchado sin juicios. Nos centrábamos en sus logros y entendíamos el error como una oportunidad de aprendizaje.

Para Navidad preparamos un concierto en su barrio. Acudieron muchos de sus vecinos. Todo el mundo pudo apreciar su virtuosidad tocando el piano.

La gente empezó a saludarle y a verle como uno más. Se había ganado la admiración de sus vecinos. Ya no era un caso perdido, sino un Maestro al piano. Eso hizo que Manuel comenzara a ser feliz.

Qué poder transformador tiene una mirada de respeto y confianza hacia el otro...